

AÑO XVIII.—NÚM. 5551.

5 DE DICIEMBRE DE 1879.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Viernes 5 de Diciembre de 1879.

LA LUNA.

Blanco satélite, que en las noches en que descorridos los gaseosos cortinajes que te ocultan apareces en el azulado firmamento mostrándonos tu rostro de plata é iluminando con tus argénticos rayos la superficie del planeta que habitamos, cuando al verte no se preguntarán, ¿que es ese astro cuya luz nos alumbra, que origen tuvo, es habitado, tiene atmósfera como nosotros...?

¿Qué eres? Ya lo hemos dicho, el satélite de la tierra, tu origen en la infancia de los mundos fué el de esta, de la que formastes parte constitutiva por gran número de siglos, pero tú, aprovechando la rapidez con que la tierra tu cariñoso madre se movía, creyendo poder existir sin ella, te separastes de su parte ecuatorial bajo la forma de un anillo, te replegastes sobre ti misma y desde el momento que adquiristes estabilidad y condiciones planetarias obedeciendo a las leyes que la sabia naturaleza te impuso, te creiste ligada con la que te dió el ser por que los vínculos del amor eterno que se observa en la materia.

Nécia presunción, ¿de que te sirvieron tus deseos de independencia? de nada en verdad, tu blanca luz de la que tan envanecida te muestras es un préstamo que te hace el sol que ocupa el centro de nuestro sistema planetario, por haberte elegido como uno de los muchos espejos en que se contempla su blonda cabellera, cuyas hebras son rayos de luz y de colores; sin este donativo ¿que sería de ti, que luz reflejarías? cruzarías por el inconmensurable espacio desconocida para todos, envuelta por las sombras de perpétua noche.

Si comparamos tu volumen con el de la tierra es cincuenta veces menor y tu masa cuarenta y dos, grano imperceptible de arena arrojado y perdido en las inmensidades de los cielos, masa de granito girando sin rumbo fijo por las regiones siderales, copia de un mundo, pero sin vida, sin animación, que importa que en tu superficie se eleven altísimas montañas, tan altas según los cálculos de los geómetras como los picos del Himalaya, fuertes é insuperables murallas que desafían... ¿a quien? si no hay un ser a quien la vida aliente sobre tu suelo y que intente pisar tus inaccesibles y ásperas cumbres; la vida es imposible en un mundo que cual tú carece de atmósfera y si la tienes es tan enrarecida, tan tenue, que no se distingue ese fluido sutil y desconocido, del éter que llena el vacío.

La temperatura de que gozas debe ser constante, siempre igual, por que siendo tu eje perpendicular con la eclíptica y el sol no saliendo de una manera sensible de sobre tu ecuador, debe regirte todo el año una sola estación, pero esta, tan fría como la de los espacios interplanetarios en que moras cuya temperatura cuando menos es de 100° bajo cero.

Tu luz reflejada carece por completo de las propiedades físico químicas de la luz solar, no produces calor a guisa sensible a los aparatos que se emplean para determinarla y medirla, las sales de plata permanecen sin alteración al ser heridas, por tus rayos, pues estos carecen de los fotogénicos que impresionan este compuesto haciéndole adquirir un color más ó menos oscuro; das luz, pero tan fría como tu cadavérico rostro.

Para demostrar lo anómalo que es tu situación entre los innumerables mundos que pueblan el espacio, basta estudiar tus días y tus noches, cada una de 360 horas acompañadas de monotonía completa, del silencio pavoroso de una naturaleza muerta, largos periodos de tiempo, unas veces cubierta por las negras sombras de la noche y otras por igual espacio con luz constante, fenómenos que solo son para la mitad de tu disco pues la otra mitad siempre se halla iluminada, bien por la luz solar, ó por la luz cenicienta que la tierra te refleja.

Tus habitantes, si posible fuera el que la vida existiera sin aire que respirar, aunque diferente quizás en su composición al de nuestra atmósfera de vapor, por ser otra la organización de aquellos, tendrían que contar sus días de diferente manera que nosotros, que los contamos por la vuelta de nuestros equinoccios, esta medida podrían efectuarla observando nuestros polos perfectamente visibles para ellos, pues cuando uno de estos se ilumina el otro se oscurece; esta es el único medio que podían emplear, pues el sol fijo invariablemente en tu escuador impide con su constante luz que puedan efectuarse fenómenos que sirvan como medida del tiempo.

Pero tu, pálido globo, que no has tenido poder para crear ni un solo insecto ni una sola planta, que eres tan inocente como el tierno infante que abre sus ojos por vez primera á la luz, de los crímenes de sus padres, te ha atribuido el vulgo supersticioso influencia unas veces favorables y otras perniciosas, influencias que no ejerces en manera alguna; los agricultores te temen viendo en ti la causa que produce la destrucción de sus cosechas en los meses de Marzo y Abril, sin detenerse á considerar que otras más verdaderas son las productoras de estos da-

ños y no la luna roja como ellos te llaman.

Estas ridículas preocupaciones tienen su origen desde los tiempos más remotos, habiendo sido transmitidas de generación en generación; los filósofos antiguos, los hombres de ciencia de los pasados tiempos todos casi sin escepcion, han afirmado muy formalmente que la luna era la causa de este ó aquel fenómeno, mientras que tu desde el principio del mundo solo te has ocupado en recorrer tu órbita en tu movimiento de revolución, el que verificas en 28 días y medio, acompañando á la tierra en el suyo al rededor del sol, repitiendo tu viaje trece veces mientras aquella lo hace una sola en 365 días y algunas horas.

¿Qué eres pues eres como creen algunos un mundo en formación cuyas entrañas agita aun el fuego destructor manifestándose esta lucha de los elementos que te constituyen por los volcanes que ocupan parte de tu suelo, y de cuyos cráteres proceden las piedras meteoricas ó aereolitos, piedras lanzadas al espacio con fuerza cinco veces mayor que un abala de cañon, impulsión necesaria para que estos fragmentos puedan flotar fuera de tu esfera de atracción y permanecer en el estado de pequeños esteroides, hasta que la atracción terrestre las hace entrar en su atmósfera y descender hacia su centro.

Sea de esto lo que quiera, mucho se ha escrito, muchos sabios han consumido su vida estudiándote, y aunque mucho han descubierto aun les queda bastante por conocer pero auxiliado por los poderosos medios de investigación que cada día se inventan, podemos confiar en que los resultados de sus continuos trabajos no se hará esperar.

FULGENCIO GUILLEN.

Miscelánea.

EL JAPON.

Con el título de «La Agricultura, la Industria y las Bellas Artes en el Japon», ha publicado el Sr. Jordana y Morera un interesante libro que contiene datos importantes acerca del carácter y costumbres del pueblo japonés y de las condiciones de su suelo; libro que, dada la escasez de los que aquí se publican referentes á materias geográficas, viene á llenar un vacío sensible.

Ningun pueblo quizá, como el Japon, podrá convencernos de la falsedad del aserto, por muchos tenido como indudable, de que las naciones orientales son refractarias á la civilización europea y de que el progreso es incompatible con ciertas ra-

zas, que en la lucha por la vida habrán de ir cediendo el campo á otras más aventajadas.

Cuando vemos á este Imperio adoptar nuestras costumbres, empezando por el traje; importar nuestros productos á cambio de los riquísimos que él posee y elabora; introducir los poderosos motores de la cultura moderna, el telégrafo, ferrocarril, maquinaria, etc., y que para asimilársela más pronto establece cátedras de alemán, inglés, francés, de medicina y de comercio bajo la dirección de profesores europeos; podemos decir con certeza que ha entrado en el concierto de los pueblos cultos, y que hablo el idioma con que desea tratarse, dejará muy pronto atrás á muchos de nuestra raza caucásica.

El Japon, en efecto, apesar de su distancia de Europa, de su idioma tan diferente, religión y costumbres heredadas de China y Corea; es hoy un imperio floreciente, que ha adoptado un gobierno en parte representativo; que tiene un espléndido servicio de correos y telégrafos, un presupuesto de ingresos que se eleva á 81.000.000 de duros al año, cuya importación se calcula en 22.000.000 de duros, y exportaciones en 18 al año, y que apesar de la extremada división de su territorio, pues abarca más de 1.800 islas, y de la densidad de su población, que excede de 32 millones de almas, se cree seguro con un ejército de 200.000 soldados, y más que á construir fuertes ó edificios á proteger empresas de canabación y otras que florecen la riqueza á su Erario.

Todos estos datos, luttamente expuestos; los encontrarán nuestros autores en la obra del Sr. Jordana, pero no es la intención de dar á conocer la cultura japonesa; lo que ha movido á su autor á darla á la luz. El Sr. Jordana hace ver la conveniencia para nosotros de utilizar los grandes elementos con que contamos en las Filipinas, principalmente de maderas, como objeto de comercio para con aquel país, que de ellas carece, y apunta la idea de que sería ventajoso para estas islas abrir un comercio para la de Mindanauy dirigiendo una emigración japonesa, que por el carácter trabajador y austero del japonés, sería un resultado superior al trabajo del indio, que hoy se emplea en el cultivo de los campos.

Felicitemos al autor por su trabajo, y no dudamos en recomendar su obra á nuestros lectores.

NOTICIAS GENERALES.

Moscú, 3
El czar, dando gracias al pueblo